

El filósofo interior

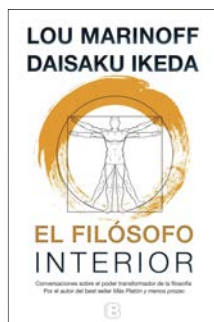
Lou Marinoff, Daisaku Ikeda

Ediciones B, Barcelona, 2014, 272 págs.

ISBN: 978-84-666-5538-5

Después del éxito de *Más Platón y menos Prozac*, el filósofo Lou Marinoff presenta estas conversaciones con Daisaku Ikeda, sobre diversos temas (la gratitud hacia los padres, las fuentes del optimismo, el poder curativo del diálogo, la interrelación entre

la vida y la muerte, las mujeres y la construcción de culturas de paz, etc.), que tienen como denominador común el poder transformador de la filosofía. En total, son dieciséis intensas conversaciones que buscan contribuir a la creación de una sociedad más humana, más justa y más compasiva a través de las enseñanzas de Sócrates, Lao Tzu, Aristóteles y Confucio.



Después de las enseñanzas de Sócrates, Lao Tzu, Aristóteles y Confucio.

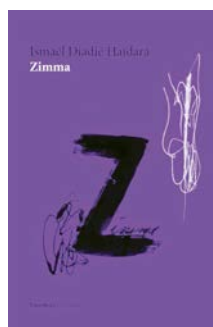
Zimma

Ismaël Diadié Haïdara

Vaso Roto, Madrid, 2015, 144 págs.

ISBN: 978-84-16193-23-3

Ismaël Diadié Haïdara (Tombuctú, 1957) nos presenta este hermoso cuento filosófico que pertenece al género del jentol o jente, propio del apasionante territorio cultural de la curva del



Niger. Dividido en relatos de distintas extensiones y a través de personajes humanos, de animales o de seres fantásticos, estas obras tienen una finalidad didáctica o iniciática: el maestro que recita los cuentos con la intención de transmitir sus lecciones de vida, tal como lo hacían los maestros tradicionales de África. Una delicia literaria que sorprenderá a muchos por la claridad y la elegancia de su prosa.

Oxígeno. Una historia de cuatro mil millones de años

Donald E. Canfield

Crítica, Barcelona, 2015, 280 págs.

ISBN: 978-84-9892-815-0

La Tierra no fue siempre un planeta oxigenado. ¿Cómo se volvió así? El científico Donald E. Canfield nos presenta una historia del oxígeno atmosférico en la Tierra, poniendo énfasis en su relación con la evolución



de la vida, y también con la química cambiante de la Tierra. Una historia apasionante y accesible, pese a la profundidad del tema, abordada desde diferentes disciplinas, como la geología, la paleontología y la microbiología, entre otras, para explicarnos por qué nuestro planeta oxigenado se volvió el lugar ideal para la vida.

CONTRASEÑAS Gabriel Rodríguez

Confianza y transparencia

A la vista de los casos de corrupción que han surgido como las setas después de la lluvia en nuestro universo político patrio, y de las descorazonadoras decisiones de política económica que se están tomando como resultado de la crisis económica, una gran parte de la sociedad española está de acuerdo en que hay que demandar más transparencia en los asuntos públicos. Que ya estuvo bien de vivir despreocupadamente. La omnipresente exigencia de transparencia es la clave política que nos ha de sacar del actual marasmo que vive España, el discurso político que hoy domina todo el espacio público, el abracadabra, el ábrete sésamo. ¿Quién lo duda?

Del mismo modo, hay personas que, con gesto grave y fingida solemnidad, dicen que “ya no se puede confiar en nadie”. Tal vez han sufrido un desengaño amoroso, político o económico. A saber. Lo que no dicen, y tal vez deberían añadir, es que ellos tampoco pueden ser dignos de confianza, salvo que este “nadie” –como nos podemos imaginar– solo hace referencia a los demás, a los otros. Ya lo decía Sartre: “el enemigo son los otros”. Pues la transparencia nos iguala a todos, a los dignos y a los indignos de confianza. No hace distinciones, no pregunta: exige la documentación estricta y precisa. Porque, al exigir que todo sea visible, al igualarlo todo, la transparencia despoja a las cosas y a las personas de su singularidad, de lo que es inconmensurable, de lo único, de lo singular.

Tal vez, tanto en los asuntos públicos como en los privados, lo que necesitamos es más confianza y menos, quizás mucha

menos, transparencia. El principal problema político de España es la pérdida de confianza en las instituciones y en los políticos, y entre los propios españoles entre sí. Es posible que esto no sea algo exclusivo de los españoles. Ni de la política. Sin embargo, parece claro que a más transparencia, menos confianza. Y a sensu contrario, más confianza implicaría que hace falta menos transparencia.

Confiar en una persona significa no pedir ni explicaciones ni evidencias. Justo lo contrario de la transparencia, que es el resultado de no fiarse de los demás. Es tanto como decir “no me fio de tu palabra, enséñamelo”. ¿Qué relación podría basarse en esa desconfianza? No podemos afirmar ingenuamente que la confianza es la base de cualquier relación. Una relación de desconfianza es posible, claro, pero mala, muy mala. Y poco satisfactoria. La confianza no es el cimiento de cualquier relación, sino que debe ser el cimiento de una buena relación.

La confianza no se otorga porque la merezcan otras personas (las personas que pleonásticamente se dicen “dignas de confianza”), ni porque signifique un regalo o un cálculo. Tampoco ha de ser ciega: más bien ha de saber colocarse un velo de ignorancia a sabiendas. A sabiendas de las dificultades, los escollos, los trabajos y los afanes de cada día. La confianza se puede perder, pero también recuperar y renovar. La confianza no es un hacer, es más bien un modo de estar en el mundo, de estar con los demás; es decir a una persona: no me des explicaciones, me basta tu palabra.